



# Me encuentro con Dios en el compromiso con la sociedad

CRISTINA DE PIERO, CDM

## I. TE ESCUCHO, SEÑOR, EN EL CLAMOR DE LOS HOMBRES Y DE LAS MUJERES

En este día me detengo nuevamente a renovar mi alianza con nuestro Dios, el Señor de la Historia. Una Historia en la que Él espera verme acogiendo su Reino, entregando la vida. El Reino que el Señor nos ofrece no es precisamente el de los acontecimientos espectaculares, crece más bien como la levadura, se parece a un grano de mostaza. Se manifiesta en lo cotidiano, en el camino diario, en los hechos de todos los días.

Pido al Señor un corazón atento a su Reino, a la historia donde Él manifiesta su voluntad y su amor. Le pido me conceda oídos de discípulo, de discípula, le pido también la gracia de tener la mirada de Jesús.

Tengo presente en mi corazón las noticias que he escuchado por la radio, por la televisión; lo que he leído en los diarios; los comentarios que me llegan a través de la gente con la que comparto el diario vivir. ¿Qué han escuchado mis oídos, qué han visto mis ojos?

Percibo un clamor, las angustias y esperanzas de mi gente. Me detengo, y recordando contemplo: he visto tantos rostros, ¿qué expresaban?, he escuchado muchas voces, ¿qué decían? A veces los hechos parecen repetirse. Día a día,

mes a mes, algunos acontecimientos guardan similitud, solo parecen cambiar el ropaje, los protagonistas.

Puedo engañarme en la rutina de encender la radio siempre a la misma hora, de escuchar el mismo noticiero todos los días, de leer el mismo diario. Quedé *informada, informado*, pero de Dios tal vez no tuve noticias. ¿Por dónde pasa el Señor? ¿He sabido descubrir su presencia en todos estos acontecimientos? ¿Creo en el Dios que se ha metido en la vida de los hombres, hasta tal punto que la ha hecho propia? Me pregunto entonces, ¿qué es lo que Él escucha de esta realidad? ¿Qué observa? ¿Dónde se detiene? ¿De qué modo se hace presente en este mundo complejo, cargado de injusticias, sufrimientos, y también de gestos generosos, muchas veces inadvertidas, anónimos?

## II. DIOS AMÓ TANTO AL MUNDO, QUE NOS ENVIÓ A SU HIJO

Me dispongo ahora a escuchar la Palabra del Señor; una Palabra siempre actual, que quiere interpelar mi corazón. Respiro profundamente, sereno mis sentidos, me voy quietando; sé que el Señor me aguarda, me sale al encuentro, pido disponibilidad para acogerlo.

En este texto, Juan el evangelista nos relata el encuentro que tiene Jesús con

Nicodemo, aquel hombre está lleno de interrogantes; él también quiere saber dónde está el Señor.

*Sí, Dios amó tanto al mundo,  
que entregó a su Hijo único  
para que todo el que cree en Él no  
muera, sino que tenga Vida eterna.  
Porque Dios no envió a su Hijo para  
juzgar al mundo,  
sino para que el mundo se salve por  
Él (Juan 3, 16-17).*

Jesús sostiene esta afirmación en su diálogo con Nicodemo. El Señor le ha planteado un cambio radical en la vida, nacer de nuevo. Aquel maestro de la Ley se ha preguntado si este es el enviado de Dios. Y Jesús, más que afirmar su autoridad y su poder, proclama que el Padre ama entrañablemente al mundo, a cada hombre y mujer. Y lo ama de tal modo, que ha enviado a quien más amaba, a su único Hijo.

Ante la pregunta por el verdadero Dios, por su enviado, el Señor conduce nuestro camino al encuentro con el hermano; lugar privilegiado para encontrarlo a Él mismo. Y el criterio de discernimiento que Jesús nos propone para descubrir la presencia de Dios en medio de los hombres y mujeres de este mundo, es el amor.

Aquel fariseo confiaba que llegaría a Dios por medio de la Ley; Jesús, sin rechazar su postura, lo abre a una realidad mayor, la del amor sin medida. Lo invita entonces a escuchar los clamores de este mundo, porque el mismo Dios ha escuchado el clamor de su Pueblo, y ha enviado a su Hijo, no para el juicio, sino para la Vida; jamás para la muerte, sino para dar Vida en abundancia al mundo.

### III. PARA LA VIDA DEL MUNDO

Hoy el Padre misericordioso sigue atento a los gozos y esperanzas, a las tristezas

y angustias de los hombres y mujeres de nuestros días; pues ellos son los gozos y esperanzas, las tristezas y angustias de los discípulos de Cristo, nos dice la *Gaudium et Spes*.

Puedo preguntarme si hago mío el clamor del mundo. Si estoy a la escucha de lo que la gente vive. Puede pasarme que es tal la cantidad de trabajo que tengo, que casi no me queda tiempo para escuchar noticias, lo inmediato me absorbe, y corro el riesgo de perder la perspectiva del trabajo pastoral. En otras ocasiones la cantidad de información es tal, que puede pasar que todo lo visto y oído se despersonalice, se convierta solo en un dato más. Nombres y rostros que pueden formar parte de una estadística humana. Quiero estar en una actitud de escucha, pero al modo como lo haría Jesús.

A veces puedo tener la tentación de hacer un juicio totalmente negativo sobre este mundo, verlo tan perdido, que se me haga difícil descubrir la presencia del Señor, como si el mal tuviera la batalla ganada. Sin embargo, sé que Jesús resucitado ha prometido estar con nosotros, todos los días, hasta el fin; y por eso, en lo cotidiano de la vida puedo encontrarlo.

Entonces vuelven las interrogantes. Dios, que está atento a las esperanzas de los hombres y mujeres, me pide que haga míos sus gozos y alegrías: ¿estoy dispuesta, dispuesto? ¿Qué me significa asumir el clamor del mundo? ¿Qué le significó a Jesús? ¿Qué espera el Señor de mí? ¿Qué esperan mis hermanos?

Contemplo lo rezado, la vida de la gente, que es también mi vida. Tantos rostros, muchas veces cansados, sufrientes, algunos transmiten el contento de una vida con sentido, a otros se los percibe indiferentes. Recorro los acontecimientos de este tiempo. Vuelve a mí la Palabra escuchada. ¿Qué sentimientos me brotan?

¿Qué quiero decirle al Padre? Abro mi corazón a quien sé que está en mi corazón; al Señor que puedo encontrar comprometido en la vida del mundo, en el clamor de los hombres y de las mujeres.

Termino con una acción de gracias renovando la Alianza que Dios ha hecho con su Pueblo. Puedo agradecer la presencia del Señor en medio de la realidad cotidiana: *Alabaré al Señor mientras viva* (Salmo 145).

*y aliviar las miserias y el pecado,  
para amar a los hombres que Tú, Padre,  
me diste como hermanos.*

#### **IV. CELEBRO LA VIDA QUE DIOS NOS ENTREGA**

Me dispongo a celebrar el encuentro con el Señor de la Vida. Un encuentro que me lleva siempre al encuentro con el otro, mi prójimo, de un modo personal, o mediado por las noticias, por lo que otros me comunican de la realidad. Tengo presente la Palabra con la que Jesús me interpela. Me siento enviada, enviado.

Puedo encender un pequeño cirio sobre un diario, tal vez tenga cerca la radio, pongo la Palabra del Señor junto a ellos. Presento mis peticiones ante Jesús. Puedo elegir un canto que exprese mi anhelo de comprometerme con la vida del mundo, de descubrir al Señor en el camino de todos los días o rezar esta oración.

*Señor, Tú me llamaste  
para ser instrumento de tu gracia,  
para anunciar la Buena Nueva,  
para sanar los corazones.  
Instrumento de paz y de justicia,  
pregonero de todas tus palabras,  
agua para calmar la sed hiriente,  
mano que bendice y que ama.*

*Señor, Tú me llamaste  
para curar los corazones heridos,  
para gritar en medio de las plazas  
que el Amor está vivo.  
Señor, me quieres para abolir las guerras*